

ha convertido en una formidable fuerza política. No se puede decir que los partidos de oposición son débiles. Al contrario, el peligro es que no sean capaces de usar con prudencia su nueva fuerza.

La situación actual se debe no tanto a los partidos de oposición —su crecimiento es más bien el resultado de cambios sociales más vastos y más profundos— como a una transformación de la sociedad mexicana en su integridad. El país realmente quiere un cambio y quiere que ese cambio sea hacia la democracia. Ya mencioné algunos de los peligros del cambio; apenas si debo señalar que mayores serían los de la inmovilidad. Por fortuna, esto último no es factible. Desde hace bastante tiempo el mismo PRI y el gobierno han ido cediendo, no sin desviaciones, a las peticiones de reforma democrática. El gran cambio de México es un cambio nacional e incluye también al gobierno y al PRI. El Presidente Zedillo, indudable ganador de las elecciones de 1994, ha manifestado una y otra vez que será respetuoso del resultado de las elecciones. Hasta ahora lo ha sido pues buena parte del país está gobernado por partidos políticos de la oposición. Me parece que el Presidente está decidido a pasar a la historia como el hombre que hizo posible el tránsito pacífico de nuestro país hacia la democracia. No reconocerlo, aparte de ser una obcecación, es un grave error político y moral. Nuestra vida pública —rica en los últimos meses en riñas salpicadas de vulgarida-

des— requiere un poco de generosidad y de grandeza. La creación de una democracia sana exige el reconocimiento del otro y de los otros.

La respuesta a las preguntas que muchos nos hacemos acerca de la situación de México después del seis de julio, incumbe en primer término a los dirigentes de los partidos políticos. Una política de venganzas o la imposición de reformas que encontrarían un repudio en vastos sectores de la opinión pública —pienso sobre todo en algunas de las que propone el PRD— nos conducirían a lo más temible: a las disputas, las agitaciones, los desórdenes y, en fin, a la inestabilidad, madre de las dos gemelas, la anarquía y la fuerza. Lo que necesitamos es una política de reconciliación nacional. Lo piden no sólo la moral sino la sensatez. Tan mala como la impunidad es la intolerancia. Lo que necesitamos para asegurar nuestro futuro es moderación, es decir, *prudencia*, la más alta de las virtudes políticas según los filósofos de la Antigüedad. México ha vivido siempre entre los extremos, la dictadura y la anarquía, la derecha y la izquierda, el clericalismo y el jacobinismo. Nos ha faltado casi siempre un centro y por eso nuestra historia ha sido un largo fracaso. La prudencia, natural enemiga de los extremos, es el puente del tránsito pacífico del autoritarismo a la democracia.

México, D.F., junio 12 de 1997.

UNA FIESTA DEMOCRÁTICA

ENRIQUE KRAUZE

El escenario está puesto para que el 6 de julio México viva una fiesta democrática, la primera desde el remotísimo año de 1911, cuando llegó al poder el Presidente Madero. Por una vez en tiempos recientes, el país puede ser noticia de primera plana en la prensa internacional pero no por la caída de su moneda, la bancarrota económica, los escándalos de corrupción, los enjuagues de la droga o los asesinatos políticos, sino por un proceso de maduración cívica que ha tomado años y que ahora comienza a fructificar.

El éxito depende, en primer término, de la limpieza de las elecciones. El fraude a la vieja usanza está casi descartado no sólo por las instancias autónomas que manejan el proceso sino por el cúmulo de reflectores nacionales e internacionales que lo observarán muy de cerca. Los costos del fraude serían altísimos.

No hay que menospreciar las habilidades de los

alquimistas electorales del PRI ni su capacidad de manipulación, compra e intimidación, pero todo indica que con respecto a la ciudad de México al menos, su batalla está perdida. Aunque en materia de elecciones todo puede pasar, no hay que ser un gran vidente para profetizar la victoria de Cuauhtémoc Cárdenas.

Más allá de las divergencias que pueda tenerse, como yo las tengo, con las tesis populistas de su partido, la eventual victoria de Cárdenas será un triunfo de la democracia porque representa la efectiva alternancia de poder que en el caso mexicano, por la tradición monopólica del PRI, es condición necesaria para la democracia. A partir de diciembre de 1997, la ciudad de México tendrá un gobernador de oposición electo por los ciudadanos y no designado por el Presidente. Pero ser gobernador de la ciudad de México no equivale a serlo de Washington y ni siquiera de Nueva York. La ciudad de México es el

centro histórico —económico, político, social y hasta teológico— de México desde hace por lo menos 500 años. “El ombligo de la luna”, como le llamaban los aztecas. Para encontrar un caso similar de carga histórica habrá que pensar en Jerusalén, Pekín o tal vez en Moscú. No es casual que Boris Yeltsin haya alcanzado la presidencia de Rusia desde la privilegiada plataforma de ser gobernador de Moscú. Cárdenas podría convertirse en el Yeltsin mexicano y regresar —en el 2000, a sus 66 años— al lugar donde transcurrió su infancia: la residencia presidencial de Los Pinos.

Si sobreviene, el triunfo de Cárdenas no debería sorprender a nadie. Heredero formal del poder carismático de su padre —el único Presidente de la historia contemporánea de México que alcanzó una dimensión de mito popular—, Cuauhtémoc intentó reformar el sistema desde dentro, se apartó de él en 1987 y contendió para las elecciones de 1988 con un éxito tal que probablemente las ganó. Nunca sabremos a ciencia cierta el resultado de esos comicios porque el Presidente Salinas, en el pico de su poder y con la lamentable connivencia no sólo del PRI sino del PAN, ordenó la quema de los paquetes electorales, pero nadie objetó entonces el triunfo del PRD en la ciudad de México. Lo que ahora ocurre es un referendo de aquel voto de 1988 y una retribución a Cárdenas por su tenaz oposición a Salinas, cuya legitimidad nunca reconoció y a quien siempre llamó “el Señor Salinas” y no “el Presidente Salinas”. Si Salinas, montándose en la ola democratizadora del mundo occidental a partir de 1989 y con todo el inmenso capital político que llegó a acumular, hubiese promovido una auténtica reforma política, la popularidad de Cárdenas hubiese permanecido lejos de los niveles actuales. La prueba está en que en las elecciones presidenciales de 1994, a pesar del desconcerto general por la guerrilla zapatista y el crimen de Colosio, obtuvo el tercer lugar. Pero el desastre económico y la apertura de la cloaca alrededor de los negocios y probables crímenes de Raúl Salinas voltearon a la opinión en contra del “salinismo” llevándose de paso buena parte del ya mercedado prestigio del PRI. Esta percepción reactiva explica la popularidad de Cuauhtémoc, pero no del todo: la otra parte está en la astucia mercadotécnica de su campaña. Cárdenas ha proyectado una imagen de firmeza, afabilidad y honorabilidad.

Otro cambio trascendental ocurrirá, aunque con menos probabilidad, en la Cámara de Diputados. Si el PRI no alcanza la votación necesaria para asegurar la mayoría —el 42%, según la legislación mexicana— por primera vez en la historia desde tiempos de Madero la Cámara baja será de oposición. Sin descartar una sorpresa del PRD como efecto de la

popularidad de Cárdenas, el triunfador relativo en este caso podría ser el PAN, el partido que tiene más de medio siglo de luchar por la democracia en México y que sólo en años recientes ha visto colmado su esfuerzo con el triunfo reconocido en varias gubernaturas y cientos de municipios que comprenden ya el 38% de la población. Aunque su representación en el Congreso fue siempre minoritaria, el PAN acumuló una vasta experiencia legislativa de la que carece el PRD, por lo que está particularmente bien equipado para dar vida a un auténtico Poder Legislativo. En los años dorados del sistema político, las Cámaras tenía en México un carácter decorativo: un coro de alabanza y subordinación al Presidente, un escalón para alcanzar mejores puestos, una oportunidad de lucimiento oratorio, todo menos un poder independiente que limitara al Ejecutivo. A partir de las próximas elecciones, podrá darse otra variedad de la imprescindible alternancia del poder: el Presidente tendrá que negociar con la Cámara de Diputados las iniciativas y los presupuestos. El Senado, que seguirá siendo obedientemente priísta hasta el año 2000, podría vetar resoluciones de la Cámara baja, pero a un costo político tan alto que arroje una sombra de duda sobre el proceso de democratización. No parece necesario llegar a esos extremos. Por el contrario, el Presidente Zedillo podría lograr la convergencia del PAN con su programa de recuperación económica. De ser así, el rumbo todo de la política económica de México sería mucho más sólido y claro porque tendría detrás de sí la legitimidad democrática y no la “real gana” del Presidente-emperador.

Pero sería absurdo desestimar la fuerza inercial del PRI. Si el asesinato de Colosio no fue obra de un asesino solitario, los autores intelectuales pueden estar fraguando nuevas sorpresas. Por otra parte, los dinosaurios del PRI —entre los cuales hay muchos jóvenes de edad— no se irán a su casa tranquilamente ni han dado muestras de haber asimilado el cambio de los tiempos. Pudiendo aprender del ejemplo sudamericano o del español, el PRI debió haber tomado la iniciativa de la reforma democrática practicándola en su interior y encabezando el cambio nacional. No sólo les hubiera reportado votos inmediatos sino una supervivencia histórica que muy pronto podría tornarse incierta. En todo caso, eligieron el camino del atrincheramiento. Si por su fuerza inercial en las zonas rurales de México llegan a ganar el Congreso, ¿serán capaces de interpretar su triunfo con realismo y comenzar un proceso inmediato de reforma interna? Si pierden la mayoría, ¿serán capaces de insertarse en el limpio juego democrático que, como ocurre con los partidos reformados del Este, podría devolverles el poder en un plazo no lejano? Nadie lo sabe

con precisión. Algunos sectores en su interior podrían intentar soluciones peligrosas y desesperadas; otros saldrían como estampida a engrosar las filas de la oposición, en especial del PRD. Tal vez bajo la influencia del Presidente Zedillo, cuyos bonos crecerán si las elecciones son limpias, el PRI podría refundarse como un partido democrático. Por lo demás, no hay que olvidar que en los resultados globales es altamente improbable que el PRI llegue al 50% y por tanto enfrentará la tenaz oposición del PRD y el PAN que por estar divididos política e ideológicamente, teniendo juntos más del 50% de los votos, merced a la cláusula de gobernabilidad en la ley vigente, no obtendrían la mayoría de los escaños. Quizá entonces estos partidos considerarían seriamente la posibilidad de una coalición para las elecciones presidenciales del año 2000.

Sólo los espíritus estrechos y los intereses corporativos del viejo sistema desdeñan la fiesta democrática del 6 de julio. Pero como los mexicanos sabemos muy bien, después de la fiesta viene la "cruda", y también la cruda realidad. Aunque el 7 de julio México despertará en la ribera de la democracia, descubrirá también que la democracia no es una panacea para lograr por ensalmo la solución a los agudísimos problemas del país, sino sólo el medio político de convivencia y negociación para encararlos. Lo verdaderamente grave es que las opiniones sobre la solución de esos problemas no sólo sean distintas sino radicalmente opuestas. En México no compiten matices de un mismo modelo sino modelos opuestos.

Hay quien teme que en su cruzada contra el "neoliberalismo" —máscara del verdadero concepto que detestan, la economía de mercado— el PRD impulsará medidas que intenten retrotraer al país a un paradigma de populismo y estatismo económicos que han mostrado su inviabilidad. Sería lamentable e irresponsable que así fuera, pero el modo de evitar esta vuelta del pasado no reside en una imposible restauración del sistema en quiebra sino en la profundización del juego democrático que ya está en marcha y en el cual intervienen varios protagonistas, no planetas alrededor del sol presidencial sino actores independientes y críticos con influencia en la sociedad.

En sus 175 años de vida independiente, México ha vivido sólo dos fugaces experimentos democráticos: los nueve años de la época de Juárez y Lerdo de Tejada, en la segunda mitad del siglo XIX, y los quince meses del Presidente Madero. Un gran total de once años. Ambos ensayos terminaron en sendos golpes de estado no sólo por la ambición de los militares sino por la incapacidad de las clases políticas de apreciar la democracia y vivir la libertad sin anegarse en ella. Es improbable que esta tercera llamada termine como aquellas dos. El mundo y el país de fin de siglo son muy distintos. Por eso, a despecho de su vasta inexperiencia democrática y de la gravedad de la crisis económica y social, hay la esperanza fundada en que un nuevo régimen democrático comenzara a desplazar al México de la simulación, la corrupción y la mentira, y comenzará la construcción de un país más responsable, confiado y maduro.

EL PODER INCÓMODO

GABRIEL ZAID

Los gobiernos mexicanos tienen mucha experiencia en manejarse frente a las presiones del exterior, pero no en aceptar la independencia de poderes internos. El principio tradicional ha sido negociar (siempre y cuando se reconozca la subordinación) o aplastar: "pan o palo", como se llamó a la política de Porfirio Díaz.

Tradicionalmente, cualquier afirmación de independencia ha sido vista como "pataleo" para sacar algo (o sacar más), como traición a la patria (presión del exterior) o simple estupidez (que termina mal). Por eso, la oposición leal suele ser vista como desleal, si es intransigente, o como vendida, si negocia. Aunque la intransigencia, en ciertos casos, puede ser razonable. Aunque negociar es lo normal en la vida política.

Los primeros triunfos de la oposición, en diputaciones simbólicas o en municipios de escasa importancia, fueron más incómodos para los triunfadores que para el gobierno. La situación se empezó a poner incómoda para el gobierno con los primeros gobernadores de oposición (oximoron elocuente: en un país democrático, quien está en el poder, no está en la oposición). Y más aún con la oposición armada en Chiapas.

Después de las elecciones de julio, la incomodidad aumentará sobre todo para el gobierno y para el PRD. Para el gobierno, porque no es lo mismo negociar desde la aplanadora impune que desde la conciencia de que el gobierno es derrotable. Los ciudadanos, los partidos de oposición, las facciones del PRI, los legisladores, los jueces, el ejército, las